



Cervantes Delgado, un retrato

Félix J. LÓPEZ ROMERO

Alejandro Cervantes Delgado fue el cuarto hijo del matrimonio formado por el señor J. Lamberto Cervantes y señora Eleonora Delgado. Sus hermanos mayores, Etelvina, Noemí y Antonio, vieron la luz primera en Ayutla, en donde residían. Un suceso político cambió el destino de esta familia; siendo gobernador del estado el licenciado Rodolfo Neri Vela Lacunza, el diputado Manuel C. Meza pidió licencia al Congreso del Estado, para separarse del cargo, siendo llamado el señor Cervantes para cubrir la titularidad en la curul, por ser suplente de aquél.

A partir de entonces ya establecida la familia en esta ciudad, nacieron el resto de sus hijos que fueron Alejandro, Arturo y Teófilo; el primero vino al mundo en una casa ubicada en la tercera calle de Guerrero, en 1926. Después de vivir algún tiempo en ese lugar, se trasladaron a una casa ubicada en la esquina de las calle 5 de mayo e Hidalgo, para posteriormente hacerlo en la tercera calle de Centenario, junto a la barranca de Apancingo, que por aquel entonces corría a cielo abierto. Finalmente en esa misma calle y cuadra se restablecieron, adquiriéndola en propiedad años después.

Tenía yo unos 7 años de edad y Alejandro unos 12, cuando tuvimos la oportunidad de tratarnos; le conocía de vista porque en la calle Centenario jugaba a las canicas con otros muchachos, entre ellos los hermanos Pascual y Roberto Ortega, Efrén Alarcón, Arturo y Manuel Saavedra, así como algunos otros.

Nuestra incipiente amistad nació de la siguiente manera; jugábamos canicas Jorge Núñez, Fernando Peralta, Enrique Castañón y Guillermo Zapata, cuando se acercó Alejandro con Roberto pidiendo formar parte del grupo, porque según ellos querían aprender ese juego, del que dijeron éramos diestros.

Creando en sus melosas palabras los dejamos participar; en un dos por tres nos ganaron todas las canicas de barro que poseíamos, inclusive algunas de vidrio. Doña Fortunata Espinosa que desde el balcón de su casa, sita en la calle Centenario, miró como nos dejaban sin canicas y con caras de romper en llanto, los obligó a que nos las regresaran, inclusive nos compraran algunas golosinas, para recobrar la alegría que vivíamos minutos antes de su llegada. Alejandro y Roberto nos condujeron a la tienda de doña Tonchi Palma, en donde adquirieron dulces que enseguida nos repartieron, los cuales golosos devoramos en cuestión de minutos.

Alejandro tuvo dos distintivos; era un muchacho muy estudioso y dispuesto siempre a servir en su hogar. Don J. Lamberto luego de concluir su periodo como diputado local, entró a trabajar a la Procuraduría de Justicia del Estado, la paga era escasa; mucho el trabajo. Buscando no vivir con estrecheces económicas, Jando como era conocido cariñosamente, un día salió de su casa con un cajón para lustrar calzado. Esta actividad le aportó algún dinero, que de manera íntegra lo entregaba a doña Eleonora, como complemento del gasto familiar.

También repartió programas del Cine Guerrero, en los que se anunciaba la película que sería exhibida; mientras hacía tal actividad, Antonio su hermano mayor, con una bocina de una orfónica en desuso, daba a saber al respetable los gratos momentos que habría de pasar, de concurrir a la sala cinematográfica.

En la secundaria Alejandro demostró interés por el estudio, no siendo raro que por lo mismo haya sido el mejor de su grupo en la Escuela Normal Mixta del Estado a la que asistía. También fue un destacado jugador de fútbol, cubriendo en la cancha el puesto de interior izquierdo. Sus compañeros en esta disciplina deportiva fueron entre otros sus vecinos Pascual y Roberto Ortega, Manuel Reynoso Téllez, Francisco Estrada y Carlos Pérez Parra.

A principios de la década de los años cuarenta del pasado siglo, estudiar para profesor de escuela era complicado; años atrás la Normal había cerrado sus puertas por falta de presupuesto. Las había vuelto a abrir pero no había una seguridad de seguir así; en consecuencia, con la ayuda de su tío el Maestro Antonio I. Delgado logró inscribirse en la Escuela Nacional de Maestros, en donde no sin limitaciones económicas logró concluir la carrera, logrando una nota laudatoria al recibir el título. La mañana previa a la ceremonia de graduación, Alejandro pasó por el Jardín de San Fernando, en donde platicaban Eucario Pastor Rodríguez con Luis Montaña Olea. Les dio a saber que por la noche recibiría su título como profesor de enseñanza primaria, careciendo de un buen par de zapatos. Enseguida partieron los tres a una tienda cercana en donde Cayo, como regalo, se los compró.

Sus ansias de superación llevó a Jando a buscar otras oportunidades, inscribiéndose en la Escuela Nacional de Economía de la UNAM, en donde sus esfuerzos se miraron colmados, al adquirir el título de la materia. Su situación económica tuvo notable mejoría, porque con lo que ganaba en su plaza del magisterio se compró lo necesario para no seguir viviendo con tanta estrechez. En una escuela de la colonia Moctezuma en donde prestaba sus servicios, lo visité en numerosas ocasiones, recibíendome siempre con la amabilidad que le era característica.

Luego de titularse como economista las ofertas de empleo empezaron a llegarle, también el amor tocó a sus puertas. A la que sería su compañera en la vida la conoció en una fiesta en el domicilio del licenciado Eduardo Neri Acevedo, en la colonia Juárez. El imán del amor mutuo ocasionó que enseguida de un breve noviazgo unieran sus vidas para siempre.

El gusanillo de la política siempre estuvo presente en Alejandro, en 1948 ingresó a las filas juveniles del recién creado Partido Popular, encabezado por Vicente Lombardo Toledano. Cuando miró que no llenaba las expectativas abandonó sus filas, dedicándose a su profesión en donde por su manifiesta capacidad pronto logró subir importantes peldaños siendo designado apoderado de los Ferrocarriles Nacionales de México. Al poco de asumir este cargo, se afilió al Partido Revolucionario Institucional (PRI).

Una característica particular de Alejandro, fue que cuando más subía en la escala política su trato era el mismo de siempre; no le ocurrió lo que les sucede a muchos políticos que les da el “mal de montaña”, que cuando más suben, más soberbios son. Siempre conservó la modestia de su origen.

En 1959 empezó a escucharse su nombre con fuerza, ese año lo designó, el Secretario del Patrimonio Nacional, Don Eduardo Bustamante, director general de planeación. El segundo de a bordo en la dependencia era un antiguo conocido mío, el licenciado Mario Moya Palencia, cuyo padre señor Mario Moya Iturriaga laboraba como yo en la Procuraduría de Justicia del Distrito Federal.

Desempeñaba el anterior cargo, cuando en 1963 lo llamó a colaborar el recién electo gobernador de Guerrero, médico Raymundo Abarca Alarcón, quien lo designó director general de Hacienda y Economía del Estado, en donde dejó constancia de su capacidad modernizando el aparato recaudatorio para obtener

más dinero para las necesidades sociales, sobre todo, a efecto de beneficiar a la clase indígena, cuyo secular atraso trató de remediar en lo posible. Antes del término de esa administración estatal retornó a la Ciudad de México, en donde fue designado director de Impuestos Menores de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público.

Decidido a entrar al campo de la política, buscó la posibilidad de ser diputado por el distrito de Chilpancingo que no logró; en cambio, lo fue por una porción de la Tierra Caliente y la Costa Grande que entonces en 1973 integraban el tercer distrito. Su prestigio como economista lo llevó a presidir la influyente Comisión de Presupuesto y Cuenta Pública. Esto no lo hizo vanidoso; por el contrario, extendió siempre su mano bondadosa a los paisanos que requerían de algún servicio. Su relevante tarea como diputado le abrió la posibilidad que el PRI lo postulara senador para cubrir el periodo de 1976 a 1982; en la llamada Cámara Alta, formó pareja con el cardiólogo Jorge Soberón Acevedo. El escaño fue caldo de cultivo para su siguiente meta: el gobierno de Guerrero.

Como candidato del Partido Revolucionario Institucional ganó las elecciones para gobernador, cubriendo el periodo de 1981 a 1987. Desde un principio su manera de actuar fue mesurada, buscando siempre mejorar el destino de quienes carecían de protección social. Fue la concordia, no la rijosidad, el sello que imprimió a todos sus actos. Para la protección y cuidado de la niñez, contó con el apoyo de su esposa señora Graciela Rocha de Cervantes, quien siempre estuvo pendiente de las tareas que como primera dama del estado le tocaron desempeñar.

Sumido el país en una grave situación económica, cuidó de manera celosa el manejo de las finanzas públicas, para darle a la

población rural programas que lo sacaran de la marginación que siempre habían padecido.

Al término de su gobierno se quedó a residir en Chilpancingo, cuando era costumbre que por lo general los mandatarios la abandonaran, inclusive la propia entidad. En la calle caminaba solamente con una persona con la cual dialogaba; esos paseos a pie eran como un termómetro que le indicaban el aprecio que se le tenía. Se le podía mirar a la hora de la comida en un modesto restaurant de la avenida Guerrero, atendido por una señora de su amistad. También concurría a un comedor familiar de la calle Galeana, a donde iba siempre era recibido con patentes muestras de afecto, el que se había ganado por una conducta intachable en el ejercicio del poder.

En el puerto de Acapulco, mientras dormía, la muerte lo sorprendió; un infarto acabó con su vida. El lamentable suceso ocurrió el 17 de septiembre del 2000. Su sepelio en el panteón central de esta ciudad fue muy concurrido, acompañándolo hasta su última morada gentes venidas de diversas regiones del estado. Por haber sido hombre de fama y méritos notables, no hace mucho tiempo sus restos descansan para siempre, en la Rotonda de los Hombres Ilustres de Guerrero.